

pecto de los vencidos, vuestros deberes de soldados que pertenecen á un ejército moralizado: que no se empañe vuestra gloria con hechos que pudieran tacharse de ilegales: tened presente lo que os he recomendado en mi último decreto, y dejad á una severa justicia el cuidado de castigar á los criminales, pues no debeis nunca arrogaros esta facultad. La ley se cumplirá; y vosotros, si la suerte nos es propicia, conservareis sin mancha el brillo de nuestras armas. ¡Soldados! ¡Viva Méjico y la independencia! —*Maximiliano.*—Campo en el Cerro de las Campanas de Querétaro, á las diez de la noche del 6 de Marzo de 1867.»

Dada la anterior orden y despues de haber dictado algunas disposiciones, el emperador se entregó al descanso, sirviéndole de lecho el suelo y cubierto únicamente con una manta. Igual cosa hicieron los generales D. Miguel Miramón y D. Leonardo Marquez.

Al brillar la luz del día 7, el general republicano don **1867.** Ramon Corona, avanzó con el grueso de sus **Marzo.** fuerzas á la hacienda de la Estancia de las Vacas, á donde desde el día anterior había hecho avanzar la caballería. En el momento que llegó, situó sus tropas de infantería sobre la meseta de la expresada hacienda, y la caballería á la vista de la ciudad de Querétaro; pero en posicion de poderse auxiliar mutuamente. Acto continuo puso en conocimiento del general en jefe D. Mariano Escobedo el movimiento hecho y la posicion que guardaba, haciéndole saber, al mismo tiempo, que las avanzadas se hallaban ya al frente de las fuerzas imperialistas.

Estas, al ver presentarse á sus contrarios, se prepararon á la lucha con extraordinario entusiasmo.

Todo hacia presumir al emperador y sus generales que los republicanos emprenderían el ataque en aquella mañana; y las presunciones llegaron á tomar la fuerza de certidumbre cuando vieron que los liberales iban engrosando las filas de las tropas que tenían en el llano.

Las horas sin embargo transcurrían sin que el ejército republicano emprendiese ataque ninguno. En vista de esto, muchos generales imperialistas esperaban que el emperador, dejando la posicion que su ejército ocupaba, marcharse al encuentro de sus contrarios sin permitirles que acabasen de reunirse. Pero esa marcha era ya peligrosa: habían pasado los días en que podía haberse verificado con probabilidades de buen éxito para las armas del imperio, y en la fecha en que se hallaban no se juzgó conveniente por el general D. Leonardo Marquez y el emperador que opinó de igual manera, ni de acuerdo con las reglas del arte militar verificar la salida, por las noticias que acababan de darles sus espías. Estas noticias eran, que las fuerzas republicanas marchaban en dos columnas paralelamente sobre la ciudad; una por el camino de San Miguel de Allende, compuesta de más de diez y seis mil hombres, al mando de D. Mariano Escobedo, y la otra que ascendía casi á igual número, por el que conducía de Morelia, bajo las órdenes de D. Ramon Corona.

Si el ejército imperial que se componía de nueve mil hombres, salía á batir á cualquiera de ambas columnas, dejaba entregado á la otra uno de sus flancos ó su retaguardia. Marchar al encuentro de las dos, dividiendo su fuerza, era exponerse á una derrota casi segura; pues no era de esperarse que cuatro mil quinientos hombres al-

1867. canzasen el triunfo sobre la numerosa columna con quien les correspondiese combatir. Estas razones y la lógica suposición de que los republicanos se resolverían á dar la batalla campal á que se les provocaba, fueron motivos que decidieron al emperador á permanecer esperando ser acometido.

La noche del día 7 llegó sin que el estampido del cañon se hubiese dejado escuchar en ninguno de ambos campos. El ejército imperial siguió ocupando las mismas posiciones; el emperador, durmió, como la noche anterior, en el cerro de las Campanas, en que se habian construído algunos parapetos; y las tropas, bien tratadas por sus jefes, sufrían con gusto la fatiga, cada vez más cautivadas de la conducta observada por el soberano.

El día 8, por la mañana, todas las tropas que formaban el cuerpo de ejército de Occidente perteneciente al general D. Ramon Corona, avanzaron sobre Querétaro, instalando el cuartel general en la hacienda de San Juanico. La caballería, al mando de Franco y Bermudez, ocupó la puerta que dá al camino de Celaya, y se situó una línea de tiradores á caballo en observacion del cerro de las Campanas así que se reforzó la extrema derecha y se comunicó la extrema izquierda con la derecha del ejército del Norte, que era el del general en jefe D. Mariano Escobedo (1).

(1) «Ensayo histórico del ejército de Occidente,» por D. Juan B. Hija y Haro, y D. José M. Vigil.

En la tarde de ese mismo día tuvieron una entrevista en la hacienda de San Juanico, constituida en cuartel general, D. Ramon Corona y D. Mariano Escobedo. En ella se ocuparon del plan de operaciones que iba á emprenderse; reconocieron juntos algunos puntos, y en seguida se retiró el general en jefe, acariciando en su mente la esperanza del triunfo.

La noche llegó sin que los imperialistas vieran que se aceptaba la batalla. Don Juan de Dios Arias que acompañaba á D. Mariano Escobedo, juzga que «habría sido una notable imprudencia de parte de este el aceptarla.» Dice que dado á conocer por los imperialistas que la ciudad de Querétaro sería la base de sus operaciones, «la razon natural aconsejaba reducirlos por medio de un sitio, para

1867. apresarlos á todos,» lo cual no sucedería, aun cuando se alcanzase la vitoria en una batalla campal, pues los que no pereciesen en ella, podrían fraccionarse, y continuar la lucha en diversas provincias.

En aceptar el combate había el riesgo de exponerse á una derrota: sitiando la plaza, la escasez de viveres y de municiones obligaría más ó ménos tarde, á los que estaban en ella, á rendirse. Esta era la persuasion en que estaba el general en jefe republicano, y, en consecuencia, en vez de atacar á su contrario que le presentaba batalla, dispuso su ejército de manera que los imperialistas recibiesen acometerle.

El día 9 de Marzo el general D. Ramon Corona recibió la orden de practicar un reconocimiento por la parte Sur de la ciudad, por los caminos del Pueblito, Santa María

Amealco y falda del Cimatario. Sin pérdida de momento marchó á obsequiar la disposicion, acompañado de su estado mayor y de una escolta de caballería, y hecho escrupulosamente el reconocimiento, puso en conocimiento del general en jefe cuanto le era importante saber.

En la tarde del mismo día, el general imperialista don Tomás Mejía, á la cabeza de un cuerpo de caballería de la frontera, hizo un movimiento con objeto de reconocer el punto de San Juanico, donde Corona había establecido su cuartel, y de que entrasen á la plaza algun ganado, semillas y forrajes. Merced á la destreza con que ejecutó el movimiento, logró, sin encontrar obstáculo, lo que se había propuesto.

Las disposiciones para cercar por todas partes la ciudad seguían tomándose en el campo republicano. El día 10 el general en jefe y D. Ramon Corona, tras una larga conferencia que tuvieron, reconocieron las posiciones que guardaba el ejército imperial, y recorrieron despues su propio campamento.

Entre tanto que ambos jefes se ocupaban en exponer cada cual sus ideas con objeto de adoptar aquellas que más acertadas pareciesen para alcanzar el triunfo que se proponían, el emperador celebraba una junta de guerra, compuesta de los generales D. Leonardo Marquez, don Miguel Miramon, D. Severo María del Castillo, D. Tomás Mejía, D. Ramon Mendez, Escobar, Vidaurri, y el coronel de artillería D. Manuel Ramirez de Arellano. Despues de haber expuesto el objeto de aquella junta que era el de oír la opinion de los que la componían para el mejor acierto en las operaciones, el general D. Miguel Miramon

censuró duramente á D. Leonardo Marquez, diciendo que se había cometido una notable falta en haber dejado á las tropas republicanas concentrarse al rededor de la ciudad.

1867. El general D. Leonardo Marquez contestó, Marzo. «que no se había cometido falta alguna contra las reglas del arte, sinó que ya no era posible atacar en detall al enemigo cuando se había querido ir á hacerlo.» El general D. Miguel Miramon replicó inmediatamente con las siguientes palabras: «Señor, haré una declaracion importante á V. M. El 22 del mes último nos reunió y se resolvió entonces, que saldriamos de Querétaro el 26 para batir en detall al enemigo; nada se ha hecho, por razones que yo ignoro; pero el resultado inmediato de esta inercia ha sido que las tropas disidentes se han concentrado delante de nosotros. Se ha cometido, pues, una falta contra las reglas del arte militar.» Como la suspension de la salida había provenido de haberlo dispuesto así el emperador por súplica de numerosas familias de la poblacion, apoyada por D. Tomás Mejía, en la creencia de que en breve tiempo llegaría el general Olvera con la fuerza de la Sierra, Marquez guardó silencio, puesto que la acusacion no recaía sobre él. Precisamente había sido el primero en aconsejar á Maximiliano que se saliese de Querétaro en busca de las fuerzas republicanas para batirlas en detall, cuando aún era tiempo de hacerlo; y si ya en los momentos en que los ejércitos liberales se hallaban en las inmediaciones de la ciudad juzgó inconveniente la salida, no fué él solo de esta opinion, sinó que de igual manera pensaban otros entendidos militares. El general D. Adrian Magaña, que era uno de los que se halla-

ban en Querétaro con el ejército de Maximiliano, despues de decir que «el ejército imperial se disponía á salir al encuentro del republicano, cuando sus espías le informaron que éste marchaba contra la plaza en dos columnas paralelamente por dos vías diferentes, la una al mando de Escobedo, fuerte de 17.000 hombres, y la otra al de Corona con un efectivo de 18,000;» que «ambas columnas habían ascendido á ese guarismo, porque Escobedo acaudillaba los batallones de Nuevo Leon, Coahuila, Chihuahua, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí; y Corona los de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Colima,» añade: «Salir el ejército imperial sobre alguna de las dos columnas, habría sido entregar á la otra su flanco ó su retaguardia; dividirse para oponerse á ambas, debilitarse,

1867. puesto que no contaba con más que ocho mil
Marzo. soldados (1).» Aun los mismos republicanos opinan que la salida del ejército imperialista en esos momentos hubiera sido funesta para la causa del imperio. El ilustrado escritor D. Juan de Dios Arias que acompaña al general republicano don Mariano Escobedo, dice: «El enemigo que contaba con generales activos y entendidos, á su vez concibió el proyecto de tomar la ofensiva para no permitir la concentracion de los republicanos, que á su juicio podría batir en detall, echando la mayor parte

(1) Contestacion al folleto de Lopez por el general D. Adrian Magaña, en el tomo primero, páginas 248 y 249 de la obra titulada: *Documentos para la historia contemporánea de Méjico*. Edición mejicana hecha en 1867.

de su fuerza, primero sobre Corona y despues sobre Escobedo; pero la combinacion de estos dos generales fué tan perfecta, y sus marchas tan precisas, que cuando los imperiales se disponían á batir á Corona en el camino de Apaseo, Escobedo se desprendía de Santa Rosa en línea paralela á la de Corona por el flanco derecho del enemigo (1).»

Juzgando conveniente el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo pasar revista á las tropas de don Ramon Corona, ordenó á éste, al oscurecer del día 10, que en el siguiente tuviese formadas todas sus fuerzas frente al cerro de las Campanas. Obsequiada la disposicion, el ejército de Occidente se encontraba formado á las diez de la mañana del día 11, en el sitio señalado, esperando la llegada del general en jefe. Durante esa espera, llegaron conduciendo al campamento á unos individuos que se sospechó fuesen espías de los imperiales. Los jefes de las avanzadas republicanas les habían preguntado el motivo que les había llevado á donde estaban, y contestaron que el de buscar unas mulas de carga que se les habían perdido. Uno de los jefes les preguntó si habían sido soldados; y habiéndole contestado que no, les dijo que indicasen la figura que tenia la marca con que estaban señalados los animales que buscaban, y el lado en que la

1867. llevaban. Uno de los individuos respondió
Marzo. entonces que la marca la tenían del lado de

(1) *Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército del Norte*, por D. Juan de Dios Arias: un tomo en 8.º, impreso en Méjico en 1867.

la lanza. Esta contestacion, y la circunstancia de no haber usado el interrogado el lenguaje que acostumbra la gente del campo de aquel país, sinó los que han servido en el ejército, agregadas á otros motivos que dieron solidez á las sospechas de que eran exploradores de las fuerzas imperiales, fueron la sentencia de muerte de todos ellos. Con efecto, condenados á perder la vida sin tardanza alguna, fueron colgados pocos momentos despues, frente á las trincheras de las tropas de Maximiliano.

Media hora habría transcurrido de haberse verificado estas tristes ejecuciones, cuando llegó el general en jefe al sitio en que estaban formadas las tropas. Su primera disposicion fué ordenar al general D. Benigno Canto que había llegado con quinientos hombres, que se incorporase al ejército del Centro; pasó en seguida revista á las numerosas fuerzas de D. Ramon Corona, y luego, acompañado de este marchó á verificar igual cosa con el ejército del Norte. En ese mismo día 11 de Marzo se dió á reconocer al general Corona como segundo en jefe de las tropas republicanas que operaban sobre Querétaro. Las fuerzas quedaron organizadas y distribuidas en dos cuerpos de ejército; uno denominado del Norte y otro de Occidente. En este último quedó incorporado el ejército del Centro. Se formó además una seccion á la que se le dió el nombre de «Seccion del Cuartel General;» se nombró cuartel maestre al general D. Jesús Diaz de Leon, y comandante general de artillería al general D. Francisco Paz. El mando del cuerpo de ejército del Norte le fué confiado al general D. Gerónimo Treviño, que lo tenía compuesto de dos divisiones de infantería, á las órdenes

de los generales D. Sóstenes Rocha y D. Francisco Arce; y de una de caballería de la cual se le dió el mando al general D. Francisco Aguirre. El cuerpo de ejército de Occidente siguió mandado por el general D. Ramon Corona; cuerpo de ejército que lo formaban la division de Jalisco de que era jefe el general D. Manuel Marquez; otra de Sinaloa que estaba bajo las órdenes del general don Félix Vega; la de Michoacan, cuyo jefe era el general don Nicolás Régules; y la 3.^a division de infantería del cuerpo de ejército del Norte, á las órdenes del general don Silvestre Aranda (1).

1867. Con la caballería del cuerpo de ejército del
Marzo. Norte y una brigada de la misma arma que estaba bajo las órdenes del coronel D. Rosalio Banda, se formó una division destinada á cubrir la linea comprendida entre la hacienda del Jacal y el camino de la puerta ó *garita* de San Pablo. El mando de esta division de caballería se dió al general Guadarrama.

Pocas horas despues de haber pasado el general en jefe revista á los dos cuerpos de ejército, dió diversas disposiciones que fueron comunicadas inmediatamente á quienes correspondía. En virtud de ellas el general D. Ramon Corona, dejando encargada su linea al general Guadarrama con la caballería, se movió de su campamento con rumbo á Alvarado, con toda la fuerza de infantería y artillería, continuando su marcha para ir á acampar á unas

(1) *Reseña histórica*, por D. Juan de Dios Arias.